

ÁLVARO
BERMEJO

El
Ingenioso
Hidalgo

algaida



Primera edición: 2016

© Álvaro Bermejo, 2016
© Algaida Editores, 2016
Avda. San Francisco Javier, 22
41018 Sevilla
Teléfono 95 465 23 11. Telefax 95 465 62 54
e-mail: algaida@algaida.es
ISBN: 978-84-9067-355-3
Depósito legal: SE. 25-2016
Impreso en España-Printed in Spain

Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeran, plagiaran, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

FUE UN SOL NEGRO LO QUE AMANECIÓ SOBRE NOSOTROS aquellas vísperas de Navidad de 1564, lo recuerdo bien. El maestro Stavros había subido desde Creta, un largo viaje hasta alcanzar la península Calcídica, en Macedonia, al norte de Grecia. Llegó exhausto, mientras dormíamos. En la vacilación del alba, cuando me reuní con él tras los oficios, los farallones de Athos ganaron de repente una tonalidad púrpura, como si una luz evadida de otro cielo hubiese cubierto nuestra montaña sagrada con aquel lúgubre creciente lunar. Los monjes que sabían de astrología predijeron desgracias, los legos se evadían temerosos, los perros aullaban.

—Otra mala señal, Doménikos. —El viejo Stavros lo advirtió como solía, una mano enredada en la barba, la voz lenta—. Cuando dejé Candía, Solimán aprestaba una flota inmensa, centenares de galeras, más de cincuenta mil jenizaros. Apuntan a la toma de Malta, pero nosotros estamos antes. Los perros del Turco lanzan continuos asaltos contra nuestra isla, se llevan doncellas para los serrallos y esclavos para su imperio.

Lo escuchaba impaciente, sin quitar mis ojos de los suyos, cuando otro de los monjes, el que disponía las mesas del refectorio, intervino en nuestra conversación:

—Sumad el hambre y la peste que afligen a todo el Mediodía. Hasta la próspera Venecia se ha visto forzada a suplicar trigo al rey de España. Es el eclipse, el eclipse de la cristiandad. Morirán reyes y príncipes, tal vez el mismo papa...

Stavros plegó sus labios hasta que el monje, entendiendo que nos incomodaba, se retiró hacia las cocinas.

—¿Qué nuevas me traéis de mi familia, maestro? Todavía me pesa haberla abandonado contraviniendo por dos veces la voluntad de mi padre. Él quería que fuera comerciante, ya lo sabéis, vine aquí sin recibir su bendición. Poco le faltó para maldecirme.

—No es tiempo de juzgar al buen Jorghí. El Señor lo tenga en su gloria. —«El buen Jorghí, el buen Jorghí»; con solo oír ese nombre volvía a sentir su puño en mi corazón, sus golpes, su desdén, su intolerancia—. En tu última carta —siguió mi maestro—, me dijiste que tampoco te veías con vocación para tomar los hábitos.

Bajé la mirada; no por humildad, para que no viera el rencor ni la rabia en mis ojos.

—No me lo reprochéis más, os lo ruego.

—No te lo reprocho, Doménikos, hiciste lo que debías: se puede servir a Dios de muchas maneras, pero la mejor consiste en llevar adelante la obra más conforme a nuestros talentos. El tuyo es pintar, por eso te aconsejé que vinieras a formarte aquí. En cuanto a tu familia. —Su rostro se ensombreció, no encontraba las palabras.

—Decidlo de una vez.

—El descontento crece como un fuego por toda la isla, de nada sirven ya títulos ni haciendas. Tu padre tuvo suerte al

morir antes de estos tiempos. Durante el último motín la turba estuvo cerca de matar a tu hermano Manussos.

—¡Miserables...! ¿Cómo se han atrevido?

—Tanto él como tu padre eligieron una profesión muy comprometida: arrendatarios de impuestos al servicio del duque de Candía. A los venecianos, y a todos cuantos trabajan para ellos, se los tolera mal en la isla.

—Pero ¿no es acaso Venecia quien nos defiende de Solimán?

—Según su conveniencia, Doménikos, según su conveniencia. Eres muy joven, no conoces a esos mercaderes capaces de vender su alma al diablo. Hoy alzan las banderas de la cristiandad, pero mañana, ¿quién sabe? Si el poder de España llega a perturbar su comercio, pactarán con Solimán. ¿Y qué será de nosotros entonces?

—¿Me estáis pidiendo que regrese a Creta?

—En absoluto, Doménikos. Hiciste lo que debías. Tus armas son tus pinceles, ya te lo he dicho, y necesitabas crecer como pintor.

—No es solo eso, maestro. Yo sé que estoy señalado para un destino que en nada se parece al de los demás.

—Bien veo que tu estancia entre estos santos eremitas no ha menguado tu ambición. Me recuerdas a aquel loco Dinócrates quien, para complacer a Alejandro el Grande, se propuso transformar el monte Athos en una estatua descomunal. Sos-tendría una ciudad sobre su palma izquierda, y en la otra una copa que volcaría los ríos de esta montaña.

Si él envolvió la ironía en la claridad afectuosa de su mirada, yo aparté la mía apretando los puños:

—Podéis escarnecerme cuanto queráis. No soy un místico, maestro.

—Nadie lo es a los veinte años, muchacho.

—Tengo veintitrés, ya soy un hombre, y la oración no es mi camino.

—Dime, ¿has aprendido algo del sabio Teophanis?

—Su arte no me interesa, maestro. Desde que inicié mi aprendizaje no he hecho otra cosa que copiar y copiar las mismas figuras, los mismos rostros, los mismos cielos. Por más que la escuela de Bizancio dicte plasmarlo así, el cielo no es de oro; es azul, rosa al amanecer, carmesí cuando se apresta a declinar. ¿Por qué no puedo pintar la naturaleza tal cual se muestra? Mirad esas luces ahí fuera. ¿Es que no las veis como yo?

El eclipse permanecía, luz de tinieblas, pero aun bajo aquel manto de oscuridad púrpura, los pétreos barrancos de Athos reflejaban pinceladas de ocre puro entre el cárdeno ceniza del valle y el fondo gris de las montañas a lo lejos. El espectáculo sobrecogía, Stavros apenas le concedió una mirada.

—Hablas como un veneciano. Doménikos, no te hice venir aquí para eso. Nuestro arte ha de atenerse a un canon. Copiamos los iconos sagrados con la máxima fidelidad porque, en el origen, nos vinieron de Dios. Son la palabra de Dios en imágenes y no deben ser modificados ni corregidos.

—¿Dónde está escrito eso, maestro? ¿Cuál de los diez mandamientos me prohíbe ir más allá de nuestra escuela y pintar lo que veo en la naturaleza?

—¿Y si te dijera que incurres en el grave pecado de la soberbia?

—No puedo sino responderos que yo he preguntado primero.

Stavros sacudió la cabeza y hundió en los míos sus ojos negros, de mirada penetrante:

—Tu pregunta es la de un papista, desafía nuestra ortodoxia: los pintores de iconos no están legitimados para cuestionar la obra de Dios.

—¿Pretendéis decirme que la obra de Dios solo puede ser interpretada por los monjes?

Mis palabras marcaron en el descarnado rostro de mi maestro un rictus de amargura. Prefirió no responder.

—¿Es pecado pintar el cielo, las montañas o los hombres tal como son? Si han sido creados a imagen de nuestro Señor, ¿por qué no puedo pintarlos como los veo? No veis el eclipse, maestro, o no queréis verlo. Y no me refiero a este, sino al que aflige a nuestro arte desde el tiempo de los paleólogos. ¿Acaso el gran Damaskinos no viajó a Florencia para aprender a pintar a la manera latina? ¿Por qué yo no puedo hacerlo? Es justamente eso lo que me pide mi corazón, y aún más mis manos.

—Eres obstinado, Doménikos, terriblemente obstinado.

—Hasta donde lo conozco, Dios nuestro Señor también lo es.

Al fin mi maestro esbozó una sonrisa.

—Teophanis me asegura que estás haciendo grandes progresos —comenzó a decir, persuadido de que no lograría hacerme cambiar de opinión—, pero aún no has concluido el fresco de la Anunciación para el monasterio de Pantokrator.

—Eso lo puede acabar cualquiera, yo estoy en otra cosa.

—¿Qué vas a mostrarme?

—Una nueva versión del tríptico con el que me gané la maestría en Creta, el de *La coronación del caballero cristiano*. Lo tengo ahí. Todavía se están secando los colores.

Con un breve ademán lo invité a precederme a través de la humedad leprosa del claustro. El eclipse había alcanzado su consumación, la noche en pleno día. Aun a la luz de las velas, los pigmentos fulgían sobre la tabla.

—Condenado Doménikos... —sentenció mi maestro, tras un silencio tan elocuente que se me hizo eterno—. Dentro de ti hay un perfecto iconoclasta.

—¿Lo decís porque advertís una alegoría del triunfo de la fe católica sobre la ortodoxa?

—Veo más una reminiscencia de la medieval caballería platónica.

—Os he dicho que no soy un místico, maestro, pinto para vender mi obra. Sé que algún día abandonaré estas tierras para medirme con los grandes.

—Tu viaje ya ha comenzado, Doménikos, y, mal que me pese, se trata de un viaje sin retorno. Has abandonado el espacio bizantino para entrar en el veneciano. Basta ver esos cuerpos. Tu Adán y tu Eva me recuerdan las figuras del Veronés. Pero ese Leviatán, el que abre sus fauces para engullir a los condenados... —Lo vi llevar su índice hasta el monstruo que ocupaba la parte inferior de la tabla, como con miedo a tocarlo—. Por todos los demonios, ahí late un homenaje a los maestros flamencos. Y yo que te hice venir aquí para que te convirtieras en el más diestro pintor de iconos...

—Permaneceré hasta que así lo dispongáis —bajé la cabeza ofreciendo el callado sacrificio de mi vanidad—, aunque solo fuera por no contravenir vuestra voluntad.

Fue entonces cuando lo hizo: se llevó la mano a la boca-manga de su túnica y extrajo un atado que contenía dos sobres, uno de ellos lacrado.

—¿Qué me traéis?

—Una carta de tu madre para tu tío, el que vive en Venecia, y esta otra... ¿No lo imaginas?

—Por Cristo, dejad de jugar conmigo.

—Una humilde recomendación, rubricada por los siete maestros de la escuela de San Lucas, dirigida a aquel a quien llaman el Sol entre las estrellas, el sublime Tiziano.

—¿Con qué objeto?

—Con el de que te acepte como aprendiz en su taller, ni más ni menos.

Sentí que se me iba la vista tanto como se me apretaba el corazón:

—Maestro Stavros... O sea que lo sabíais, sabíais que...

—Sabía que no tendrías remedio, hijo mío, lo sabía desde el principio —asintió con un cabeceo indulgente—. Puedes partir cuando así lo dispongas, y lo harás con mi bendición. Pero antes de poner rumbo a Venecia no dejes de visitar las iglesias de Petru Rares, en Moldavia. Sí, sí, ya sé que es un desvío importante, pero hazme caso: no te arrepentirás. La tierra de los voivodas encierra policromías comparables a las de San Marcos. Tienes que ver las pinturas de Voronet, conocer la obra del gran Dobromir.

Fue lo último que dijo antes de que el joven Simeón invadiese el atrio seguido por media docena de monjes de mirada despavorida:

—¡Los turcos, los turcos de Murad! ¡Han entrado por Tesalónica y ya avanzan hacia Macedonia! ¡No tardarán en llegar a la Montaña Sagrada!

—También aquí, maldita sea —masculló mi maestro—. Nuestro mundo está perdido.

—Mantengamos la calma, nada sucederá. —Nuestro superior, el abad Efenisios, alto y solemne como un ciprés, llegó seguido por el resto de la congregación. Su cuidada sotana hacía más blanco ese rostro de cera que solo necesitaba la llama para fundirse—. Recordad la magnificencia de Solimán. Es un hombre culto que respeta nuestra religión. En su día llegó a sufragar la construcción de uno de nuestros monasterios.

—No sé si es ingenuidad o necedad. —Stavros lo rumió sin volverse—. Tampoco descarto que, a fuerza de tanto orar, Efenisios haya perdido la cordura.

Mi *didáskalos* en Athos, el circunspecto Teophanis, lo rubricó a voz alzada:

—Han entrado en Valaquia arrasándolo todo, profanando iglesias, degollando inocentes. Hasta nos han alzado un rey musulmán...

—Athos se salvará —lo atajó el abad—. Los detendremos con la oración.

—Y con la espada si es necesario.

—Envaina la tuya, Teophanis. Mientras yo sea el abad de este monasterio, aquí no se derramará otra sangre que la de los mártires.

La ceguera de sus palabras expandió la consternación, pero ya nada pudo hacerse contra ellas. Tras los cantos y los oficios de la noche de Navidad, todos los monjes se recogieron en el monasterio de Gran Lavra, el mayor de la península atonita. Mi maestro y yo los vimos encaminarse por los senderos serpenteantes que subían entre los riscos a la luz de las antorchas mientras el cielo se cubría de rayos que restallaban en el horizonte. Truenos secos retumbaban como los trastos del diablo en el infierno.

—Por todos los santos, ¿qué espera ese visionario? —La protesta de Stavros se perdió en el vacío—. ¿Que de su cabeza le broten potestades, como de la frente del Crucificado?

—Por la inmolación hacia Dios, maestro.

Decidimos partir esa misma noche. Caminaríamos juntos hasta Ouranópolis, desde donde él embarcaría rumbo a Creta, en tanto que yo tomaría la ruta del norte, hacia Thasos. El eco de los rezos nos acompañó como un rumor de muerte mientras nuestros hermanos, entregados voluntariamente al holocausto, conjuraban su porvenir de huesos. La noche del fin del mundo, anunciada por el eclipse, crecía hasta envolver aquellos páramos rocosos donde apenas se oía el lejano balar de una oveja.

Cuando coronamos la crestería, ya sin poder distinguir el camino, nos tendimos a dormir bajo un cedro raquíutico que enfrentaba Athos. ¿Todo hasta entonces había sido un sueño o era un sueño lo que comenzaba ahora? En cualquier caso, el despertar sería terrible. Rodeado de oscuridad, rendí mi cuerpo sobre aquel abismo abierto a una melancolía sin límites.

Al amanecer, desde lo alto de nuestro apostadero, fuimos testigos de lo que estaba sucediendo en torno al Gran Lavra. Las columnas de humo se alzaban de monasterio en monasterio, dentro y fuera se amontonaban centenares de muertos. Formas torcidas, patéticas, descoyuntadas caían abatidas por los sables curvos de los jenízaros y aquel griterío en algarabía que replicaba el *Dies irae dies illa* de los responsos. Bajo su turbante, coronado por una gran gema, creí reconocer al propio Murad al-Vasi, *el Degollador*; su caballo pisaba un suelo resbaladizo de sangre. Uno de sus edecanes había cortado una cabeza —no quise pensar que fuera la del abad— y la alzaba sobre una pica entre el clamor de los suyos. La soldadesca entraba a saco buscando su botín, hurgaba, degollaba, hería como una bestia de mil garras. Los aullidos de los supervivientes que los turcos arrojaban al vacío escandalizaban el aire.

Stavros no podía apartar sus ojos de la masacre, hablaba como para sí:

—Pinta horrores, más horrores, todos los que sepas.

Antes de continuar nuestro camino, todavía volvió el rostro por última vez hacia la Montaña Sagrada. Por entre las llamas se traslucía un sol pálido, quebrado, que más parecía una medialuna, como si fuera a doblarse sobre él un nuevo eclipse que ya sería eterno. A diez leguas, la nube de humo y centellas se alzaba hasta más arriba del cielo. Una vez que ganamos el puerto de Ouranópolis, dos días después, Stavros me tomó por los hombros, apretó fuerte y me dijo:

—Morir es dormir, hijo mío; tu maestro está ahora soñando en el paraíso. Algún día te reencontrarás con él, cuando vayas a descansar de las fatigas de este mundo. Aunque seguro que también entonces seguirás pintando.

No supe qué responderle. Ambos teníamos los ojos empañados de lágrimas, pero él mantuvo su voz como si su mérito mayor consistiera en esconder espinas:

—Toma —me dijo, entregándome las dos cartas—. Con esto se te abrirán muchas puertas en Venecia, pero prométeme que antes visitarás Voronet. Tienes que ver esas pinturas.

—¿Y qué más, maestro?

—Prométeme también que nunca olvidarás las tres sentencias del *Sic eris felix*, así serás feliz. ¿Las recuerdas, hijo mío? *Nosce te ipsum*, conócete a ti mismo...

—Véncete a ti mismo, vive para ti mismo.

Apenas las pronuncié cerró los ojos, volvió a abrirlos y, ya sin decirme más, se alejó dejándome la sensación de que muy pronto ya no sería más que un vacío en los míos. Nunca más volví a verlo. Nunca lo he olvidado.